

periscopio

EL SÍNDROME DE BERGERAC

Una comedia heroica

**PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA JUVENIL**

PABLO GUTIÉRREZ

EL SÍNDROME DE BERGERAC

Una comedia heroica

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA JUVENIL



edebé

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Paula Jarrín, Sr. Óscar López, Sra. Rosa Navarro Durán y Sra. Care Santos.

© Pablo Gutiérrez, 2021

© Ed. Cast: Edebé, 2021

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebenet

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Freepik

1.^a edición, abril 2021

ISBN: 978-84-683-5274-9

Depósito legal: B. 1145-2021

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Marco y Elena, mosqueteros
al servicio del rey que les dé la gana.*

Yo era una chica tan común como cualquier otra: iba a clase, discutía con mis padres y amaba incondicionalmente a mis amigos, y de vez en cuando me enamoraba de quien no debía, como le pasa a todo el mundo. No había nada novelesco dentro de mí que mereciera un puñado de páginas, y por eso la historia que sigue no irá de mis padres ni de mis colegas ni de mis enamorados; no irá de la rutina de una estudiante de bachillerato que se aburre en el instituto de una ciudad mediana... Esta historia tendrá una sola protagonista, y esa protagonista será una nariz.

Y ni siquiera hablo de la mía, que es pequeñita y ordinaria, sino de una nariz gigantesca a la que podríamos llamar *La Nariz*.

Una nariz célebre, desproporcionada.

Como una hipotenusa, como una lanzadera espacial, como el mástil de un velero.

Una nariz con la que podrías probar la temperatura del agua inclinando ligeramente la cabeza, pero que no te dejaría beber de una copa por riesgo de ahogamiento.

La nariz de un héroe nacido en Bergerac, comarca francesa, y de nombre Cyrano.

Supongo que tendría que empezar por el principio, *ab ovo*, como dicen los manuales de literatura; y al principio, en el verdadero principio, ni siquiera existía Cyrano. Es decir, claro que existía, guardado en tapas doradas desde hacía siglos como un vampiro en su ataúd. Cuan-

do digo que *no existía* quiero decir que *yo no sabía de su existencia* y, en cierto sentido, si no conoces una cosa es como si no existiera, ni para ti ni para nadie. Igual que aquel acertijo del kung-fu: «¿Hace ruido el árbol que cae en el bosque desierto?», pregunta el maestro a su aprendiz, y el chico duda, se rasca la cabeza... Al caer, el árbol provoca vibraciones que el oído percibe y convierte en sonidos; pero, si en el bosque no hubiera nadie, las ondas circularían hacia ninguna parte como corrientes marinas, como el canto de la última ballena, como granos de polen espolvoreados por el viento...

Cyrano era un árbol que cae en el silencio cósmico, pura antimateria.

Cyrano existía desde hacía cuatrocientos años, y nosotros no sabíamos nada, y desde allí seguía defendiendo su orgullo de mosquetero contra los enemigos que... Espera, aguarda un momento: ahora me doy cuenta de que esta historia no solo va de Cyrano y su nariz, para nada; también va de Guadalupe, la nueva profesora que la fortuna puso delante de nosotros, por encantamiento.

Y va de bikinis.

Va de muñecas Nancy.

Va de creer que te haces mayor cuando sigues siendo una niña.

De un primer beso en la boca, de una primera mentira a tus padres.

Definitivamente, esta historia también va de todo eso, así que será mejor que empecemos de nuevo, por tercera vez. Como en el teatro, exacto, será mejor que empecemos como arrancan las obras de teatro.

PRIMER ACTO

LA EXTRAÑA

Lo desconocido. El primer día de clase siempre me ponía nerviosa. La noche anterior revolví el armario para encontrar algo que no me hiciera parecer idiota o demasiado delgada o demasiado insignificante. Al final elegía unos vaqueros y una camiseta; durante las vacaciones no había llevado otra cosa que bikinis, y ahora me ahogaba dentro de unos vaqueros igual que dentro de una coraza. Como si quisiera castigarme.

Oficialmente, el verano llegaba a su fin cuando guardábamos los bikinis en una caja de zapatos. La playa seguía estando a un paso, brillante y disponible, pero la temporada había terminado y nos olvidábamos del mar, de la arena y de la alegría.

Septiembre: las colas en la puerta del instituto, las presentaciones, los reencuentros, los discursos, las listas, los libros, la repetición de las normas escolares y el plano de las salidas de incendios...

Los chicos tan morenos, tan mayores.

Las chicas tan altas, tan guapas, tan distintas.

Te preguntabas si te verían a ti de la misma manera, si tú ya serías otra a sus ojos.

También te preguntabas si habías elegido bien esa camiseta, porque de pronto todas parecían tan radiantes y tan atractivas como estrellas de Instagram.

Septiembre arrastraba su mecanismo de relojería, y sin embargo, ese curso sería distinto, un año crucial y definitivo que recordaríamos para siempre y que permanecería en nuestra memoria como el Año de Cyrano, o el Año de la Gran Nariz, o el Año de Lupe; y también como el fin de la infancia y el puente de lanzamiento hacia lo desconocido, aunque en el refugio de nuestro cuarto, a escondidas de nuestros propios padres, siguiéramos jugando con piezas de Lego y muñecas Nancy, minimujeres tan perfectitas que nos hacían llorar de melancolía. Las mías estaban alineadas en una repisa; me resistía a entregarlas en adopción a las hijas de unos amigos que no las tratarían como yo. De vez en cuando volvía a coger alguna, y la peinaba. Para que no tuvieran enredos, claro, no porque quisiera jugar con ellas.

Comenzaba un nuevo curso. El suplicio de la educación obligatoria ya concluía después de cuatro años de broncas y desgana, de chavales que solo venían a clase a molestar y de profesores que se conformaban con sobrevivir. Por fin alcanzábamos la cumbre del bachillerato, el territorio donde seríamos libres, adultos, mejores; o más o menos libres, más o menos adultos.

La cólera. Tengo que contarte demasiadas cosas para que comprendas por qué ese año acabaría siendo inolvidable. Mi cuaderno está lleno de notas, de esquemas, de frases subrayadas, las ideas corren en tropel dentro de mi cabeza, mis dedos no son capaces de ordenarlas... Quiero que conozcas a Cyrano

antes que a nosotros, quiero que sepas que fue un mosquetero al servicio del rey de Francia, capitán de la compañía de soldados gascones, y quiero que te imagines un sombrero con pluma de ganso, botas hasta la rodilla, pesados correajes, pantalones de campaña y, al cinto, una espada temible; algo así como D'Artagnan, pero mucho más fuerte, más fiero y con peor carácter. Veterano de mil batallas, fanfarrón y petulante, solo existía una cosa que fuera tan grande como su orgullo. La nariz, claro. Si te encontraras con él en un cruce de caminos, más te valdría clavar la mirada en el suelo para no posar tus ojos en el apéndice, en la protuberancia, en la aleta del delfín. Porque si lo hicieras, ¡oh, desdichado!, si levantaras los ojos y te encontraras con el grandioso elemento de su cara, desearías estar muerto antes que enfrentarte a su cólera.

—¿Qué miras, pasmarote? ¿Acaso te parece demasiado grande...? ¿Te da asco, te horripila?

Y nadie podría evitar que huyeras con las orejas gachas y la marca de una suela en tu trasero. De alguna forma era como si Cyrano también tuviera dieciséis años, como si no consiguiera salir del patio de un instituto donde no se perdona ninguna anomalía y donde las bromas, las risas maliciosas y las miradas burlonas zumban como dardos de cerbatana. Cyrano: el oso gigante de los mosqueteros, y el chaval que no soporta mirarse al espejo, el que se escabulle de todas las fotos pero que estaría dispuesto a arriesgar su vida para vengar una ofensa. El síndrome de Bergerac.

Qué sería de mí. Mis colegas formaban la vanguardia de la nueva generación, a su lado yo era un bebé que no sabía nada del mundo, aunque mis boletines de notas estuvieran llenos de sobresalientes. Cuando hablaba con ellos sentía que una losa caía sobre mí, una avalancha de energía, propósitos y talento que no me dejaba respirar.

Claudia amaba la música, la historia, la literatura y el cine, obtendría becas y condecoraciones, se convertiría en una pianista reconocida o en una investigadora de prestigio, tendría mucho éxito, todos la amarían.

Connor quería ser abogado y estudiar en Gales, de donde provenía la familia de su padre, trabajaría en un bufete de prestigio, haría declaraciones para la CNN en la puerta de un juzgado y perseguiría a feroces delincuentes, nadie pondría freno a las aspiraciones de Connor, tan carismático, tan Connor.

María era un hada del bosque que soñaba con ser diecisiete cosas al mismo tiempo (cantante, actriz, pastelera, piloto de cazas, directora de orquesta, actriz de doblaje de la Señora Rabbit en esos dibujos que seguían haciéndonos tanta gracia), y guardaba dentro de sí la energía necesaria para alcanzar las diecisiete, una detrás de otra, y para enamorar a media humanidad en el camino.

Y yo en cambio, en aquel mes de septiembre del Año de la Gran Nariz, aún no sabía ni quién era ni qué sería de mí. Una página en blanco. Un sobre cerrado.

Sabía que no me gustaba meterme en líos, y que casi todo me daba vergüenza.

Sabía que me gustaba dibujar y cantar canciones en inglés, y que no lo hacía mal del todo.

Sabía que me gustaba leer, o que durante una época me había gustado mucho, cuando los libros no eran tareas escolares sino noches de lucecita clandestina (leí cuatro veces *El príncipe mestizo*, 652 páginas multiplicadas por cuatro son 2.608 páginas, si tardo dos minutos en leer una página el resultado son 5.216 minutos, es decir, más de 80 horas en las que mis padres creían que estaba dormida cuando en realidad sufría por Harry, por Ron y sobre todo por Hermione Granger, mi heroína favorita de todos los tiempos).

Esas eran las cosas que sabía de mí, no más.

Si me preguntaban qué quería estudiar o a qué pensaba dedicarme, me entraban unas ganas de llorar incontenibles, me encerraba en el cuarto para no ver a nadie y acariciaba el lomo de los libros de Rowling, como si fueran gatitos.

El asedio. Siguiendo las órdenes del cardenal Richelieu, nuestro héroe combatió en el asedio de Arrás contra las tropas españolas. Allí fue ascendido a capitán de regimiento, y recibió un tajo en la garganta de cuya cicatriz presumiría el resto de su vida como hacen los bravucones, abriéndose el cuello de la camisa para que las damas observen el estropicio.

El buen Cyrano no solo poseía fuerza bruta y arrojo para el combate, sino también una aguda inteligencia. Sabía de retórica, de física, de astronomía, de estrategia militar. Puedo imaginarlo detrás de los bastiones franceses, escrutando mapas para atacar el

punto débil del enemigo, superando en astucia a los mariscales de campo y escribiendo un soneto para su enamorada antes de partir.

Delante de la hoja de la matrícula de bachillera-to, yo exprimía mi pobre cerebro igual que Cyrano descifraba los acentos de un endecasílabo. La inscripción estaba llena de flechas, itinerarios y optativas incomprensibles que sonaban demasiado solemnes. Hacerse mayor es eso, tomar decisiones sin conocer sus consecuencias, y me temo que yo no era buena en ninguna de las dos cosas: ni en hacerme mayor ni en tomar decisiones.

En el siglo XVII, un chaval de mi edad solo habría tenido que agarrar una pica y dejarse matar en la primera escaramuza, nadie esperaría de él ninguna otra cosa.

En el siglo XXI, una chica como yo se veía obligada a decidir su futuro una mañana de jueves delante de un formulario.

Mejor la pica.

Mejor agarrar la pica y salir de la trinchera a las órdenes de Cyrano.

Si hoy es jueves.

—Velia, ¿qué te pasa? —me decían al verme.

Que qué me pasa.

Ojalá fuera tan fácil saber lo que me pasa.

Ojalá hubiera un menú en el que navegar y hacer clic en la categoría adecuada.

—Piensa en tu futuro, Velia... Dentro de poco tendrás que buscar un trabajo, y esforzarte y ganarte la vida, debes tener en cuenta que...

De qué futuro hablas, papá.

Si mi futuro no existe.

Si mi futuro es viernes si hoy es jueves.

Si mi futuro es esperar a que Claudia salga del conservatorio y nos veamos en el parque o vayamos a patinar por el paseo marítimo antes de que se haga de noche.

No puedo imaginar el otoño, la Navidad, no puedo imaginar el verano próximo ahora que acabo de guardar los bikinis en una caja de zapatos. Quizá ni siquiera me queden bien, quizá hayan pasado de moda o me resulten ridículas las argollas de madera que este año me encantaban, esas argollas que dejan marcas en la cadera pero que resultan tan puras, tan selváticas, y es triste eso, es muy triste saber que te parecerá horrible tu bikini favorito.

—¿Por qué estás llorando, Velia?

Cómo decirle a nadie que lloro por los bikinis del año que viene.

Cómo decirle que lloro por la nostalgia de lo que todavía no existe.

Cómo contárselo a alguien que te pregunta si prefieres Estadística, Tecnología Industrial o Matemáticas II.

Cómo decirle que preferiría luchar en Arrás con la tropa de gascones, que preferiría asaltar las líneas enemigas y recibir una bala de arcabuz en el estómago antes que poner una cruz en la casilla equivocada.

BIC dorado. Cada cual arrastra su drama, y yo me mortificaba por culpa de mis indecisiones. Al día si-

guiente terminaba el plazo para entregar los impresos en la secretaría del instituto, estaba hecha un lío, me temblaban las manos, probablemente era una idiota y una exagerada pero yo lo sentía así, como si fuera un paso trascendental que cambiaría mi destino.

Le pregunté a Claudia qué iba a hacer ella. Confía en su criterio cien veces más que en el de mis padres. Claudia era la chica más sensata del instituto, mi confidente desde el jardín de infancia, cuando íbamos a clase con lacitos en el pelo y babis manchados de ténpera...

Me contó que en casa le habían echado el mismo sermón, la cantinela de lo dura que es la vida y lo difícil que es encontrar un buen trabajo, etcétera, pero que pasaba de toda esa mierda y que había elegido Latín y Literatura Universal, aunque solo fuera para fastidiar un poco; se rio. Sus padres querían que estudiara algo de ciencias (un cerebro privilegiado como el suyo no podía malograrse), y ella adoraba las cosas antiguas y perfectamente inútiles.

Mi amiga Claudia era el espíritu de la contradicción, una tormenta de ideas y opiniones propias. A veces resultaba insoportable tanta agudeza, tanta rotundidad, y otras veces recurrías a ella como a un oráculo.

Ven, Claudia Clarividente, ilumíname. Dime qué será de mí, dime qué hago con esta maldita hoja de matrícula. No quiero crucificarme con ecuaciones y trigonometría pero tampoco quiero morirme de hambre.

Claudia lo resolvió tajantemente: LAT y LUN, no hay más que hablar.

Fue ella misma quien puso las cruces sobre el formulario, «Así estaremos juntas», dijo, y lo rubricó con su bolígrafo BIC dorado, como si fuera la lanza de la diosa Atenea.

Me pareció la mejor de las razones. Después de todo, el viernes (es decir, el futuro) estaba muy lejano.

Literatura Universal: daba igual que fuera Universal, Extraterrestre o Plutónica, qué importaba nada de eso si seguíamos juntas otro año más, si regresábamos a los babis y los lacitos en el pelo. Dejando el futuro para más adelante, exacto.

Hocico. Aquella nariz parecía un error de diseño, un fallo del sistema. Quizá todas las narices lo sean. Al fin y al cabo, ¿qué es una nariz? ¿Qué pinta un pedazo de piel y de cartílago en el centro de la cara? ¿No parece un añadido, no resulta innecesaria esa prolongación que no alcanza a ser hocico? Si se trata de olfatear o de seguir un rastro, si la nariz tiene una finalidad y un uso tan concretos, ¿no valdría un elemento más pequeño, más práctico? ¿No serviría para lo mismo si hubiera dos sencillos orificios, como el horrible rostro de Voldemort? ¿O unas branquias en el cuello, como los tiburones? ¿A qué viene esa pieza sobrante?, clama el caballero de Bergerac, obligando a que sus lágrimas hagan un recorrido demasiado largo. Patito feo: en la soledad de su cuarto o en la penumbra de las trincheras, Cyrano se lamenta de su desgracia. ¿Quién no ha sido un chaval perseguido por los complejos, quién no lo comprende, quién no

vendería su alma al diablo a cambio de que *eso* desapareciese?

El patio de un instituto es un cuartel de rudos mosqueteros. Las bromas, las burlas y los agravios zumban de la misma manera, y es una suerte que no llevemos espadas al cinto ni sigamos ningún código de honor. De lo contrario, habría cuatro o cinco muertos sobre la pista de futbito cada vez que sonara el timbre.

Plop. Hay gente que tiene talento para adivinar a los desconocidos. Te miran a la cara y ya saben de qué vas, qué necesitas, qué te gusta. Se fijan en tu peinado, en tus zapatos, en tu ropa o en tu manera de hablar, luego procesan esa información y componen un retrato robot muy preciso, y ya está, te adivinaron.

Es una habilidad valiosa, esos tíos pueden convertirse en detectives infalibles o en vendedores de seguros. Los envidio. El mío es el caso contrario: veo a alguien por primera vez y enseguida me hago una idea equivocada, pienso que es un encanto y luego es un ogro engreído, pienso que es un ogro engreído y resulta un corderito. Siempre me pasa. Con los tíos, con las amigas, con los primeros novios. Y ocurrió lo mismo cuando conocí a Guadalupe, la Extraña.

La Extraña entró en la clase tan atareada y tan errática que imaginé que sería otra de esas profesoras piradas que se olvidan de la fecha de sus propios exámenes y nunca terminan de aprenderse tu nombre, qué rabia me daban. A la mayoría le caían bien porque no te exigían demasiado, pero yo no era como los

demás, yo era una niñita formal y cumplidora. *Cada cosa en su sitio* sería el lema de mi escudo de armas. Cada cosa y cada individuo. El policía persigue al ladrón y el ladrón se escapa. Los profesores mandan tareas y los estudiantes protestan. El guepardo corre, la gacela huye. Y así debe ser, aunque te toque ser gacela.

Una prueba de mis obsesiones: era incapaz de sentarme a estudiar si antes no despejaba la mesa de mi cuarto, sacudía las almohadas, alineaba las Nancy y cuadraba los libros en perfecta simetría; solo cuando cada elemento estaba en el lugar apropiado me sentía con fuerzas para sacar los apuntes y los rotuladores. Favoreciendo mis manías, mi padre colgó de la pared dos tableros muy firmes, con remaches y taladros. En uno puse los libros que ya había leído, y en el otro los libros que iba a leer. Ese trasvase ponía paz en mi universo, me tranquilizaba: *La Orden del Fénix* fluyendo hacia su nuevo hogar, *La llamada de lo salvaje*, *Donde los árboles cantan* buscando su sitio. Puede parecer una tontería, y seguramente lo era, pero cada vez que uno de esos libros se mudaba yo sentía un pellizco de satisfacción, ¡plop!, como el estallido de las piezas del *Candy Crush*.

Mis amigos creían que estaba un poco loca, decían que de mayor me convertiría en una vieja rodeada de gatos, y puede que tuvieran razón, pero de cerca quién no es raro para los demás, quién no está loco. Si verdaderamente conoces a alguien, si entras en su mundo y en su mente, cómo no van a parecerte raras sus costumbres, sus ideas, su manera de hacer las

cosas. Conocer a alguien es viajar al extranjero, es aprender otro idioma. No hay dos personas iguales, ni dos familias, tampoco hay dos casas iguales. Cuando iba a visitar a alguno de mis amigos todo me llamaba la atención, especialmente el olor, podría distinguir cada casa en la que estuve con los ojos cerrados. Debo de provenir de una estirpe de homínidos con el olfato muy desarrollado, mis antepasados guiarían al clan por las trochas del bosque buscando fruta madura o manadas de antílopes, levantarían la nariz y husmearían.

Yo lo he heredado. La nariz, me refiero.

Nariz pequeña, nariz de Nancy.

Nada que ver con el fabuloso monumento de Cyrano, pero funcionalmente perfecta.

Casi rimábamos. Lupe Ossorio, la nueva profesora, era morena y huesuda, con el pelo tan negro como una indígena del Amazonas y con unas facciones recitilíneas: la barbilla muy marcada, las mejillas un poco hundidas, las cejas fruncidas en un gesto de profunda concentración. Tendría poco más de treinta años y puede que en el conjunto acabara siendo una mujer guapa, o puede que solo me lo pareciera a mí. Siempre tuve el sentido de la belleza un tanto atrofiado; a veces mis amigas hablaban de chicos guapísimos que a mí no me lo parecían, y otras veces bebía los vientos por un gañán sin flequillo.

Desde el principio nos dimos cuenta de que todo era raro en ella, supongo que por eso me gustaba. Yo también pertenecía a la tribu de los raros, la tribu de

los que leían libros y no sabían nada de fútbol, la tribu de los que odiaban los menús infantiles en los restaurantes... Con el tiempo me di cuenta de que los raros, en realidad, somos muchos, y por tanto ni siquiera es tanta la rareza, no sé si me explico, pero en aquella época yo vivía entre dos extremos. Había una parte de mí que deseaba ser una chica normal, y salir, y reírse, y hacer las mismas bromas que los demás; y había otra parte que prefería quedarse en casa, acorazada en el refugio de los libros, los dibujos, las canciones, los apuntes y los rotuladores fluorescentes... Creo que esa parte era mi yo dominante y habría acabado imponiéndose sobre lo demás. Por suerte, contaba con mi amiga Claudia, que me sujetaba a la orilla civilizada del mundo.

Claudia: la niña perfecta, tan linda y tan inteligente, tan querida por todos, qué suerte tan inmensa que fuéramos las mejores amigas, no había dos almas tan equilibradas como las nuestras. Dormía muchas veces en su casa, y ella en la mía, pasábamos la noche en vela hablando de vaguedades y riéndonos en susurros para que no nos riñeran. Si un cataclismo nos arrojara a una isla desierta ni siquiera lo pasaríamos tan mal, buscaríamos la manera de sobrevivir y de pasar el rato, nunca se nos agotarían la conversación, las bromas, el afecto... Claudia y Velia: casi rimábamos.

Volvamos a Lupe, la pieza clave de esta historia. El problema era que a simple vista no parecía una profesora *real* de secundaria, y eso nos desconcertaba. Lupe era una intrusa, alguien que no debería estar allí. Como un buzo en el desierto. Como una alpinista en

la playa. No es que los profesores tengan una genética propia que los distinga del resto de la especie humana, pero acaban pareciéndose. Se asimilan, se mimetizan. Sería fácil distinguirlos en una multitud, incluso podrías establecer diferentes categorías y adivinar la asignatura que imparten observando pequeñas marcas distintivas.

Los que llevan camisas de manga corta son de Matemáticas, eso lo sabe todo el mundo, es una obviedad. Los de Historia visten invariablemente rebecas de punto, casi siempre con cremallera. Las profesoras de Inglés se arreglan mucho para ir al trabajo, con esas faldas que se cierran en las rodillas y no te dejan dar un paso. Y los de Lengua son un verdadero desastre, esos tíos que parecen que acaban de levantarse de la cama.

Asumiendo los estereotipos, de un vistazo te dabas cuenta de que la Extraña no encajaba con ninguno, aunque ya he dicho que no soy buena adivinando a los desconocidos. Connor sí, Connor lo tenía muy claro, por eso será un abogado extraordinario; lo imagino interrogando ferozmente a un falso testigo, diciéndole «Usted tampoco se cree ni una palabra de su declaración, ¿verdad?», y toda la sala riéndose a carcajadas. Connor, vaya tío, tan espigado, la piel tan blanca, el pelo rizadoísimo y lleno de bucles como un angelote, y en contraste, esos dedos largos del conde Nosferatu, y ese acento que no era ni propio ni extranjero, que era solo el acento de Connor.

Fue el primero que desconfió de ella. De Lupe, quiero decir. Tenía sus propios motivos.